

en su nimbo trilobo
á la Virgen y su Hijo,
el globo
del pie de la cruz fijo.

Todo pasa.—Robusto
el arte siempre vive,
el busto
al pueblo sobrevive.

Y la medalla austera
que un labrador ha hallado,
entera
de un César ignorado.

Los dioses mismos mueren,
pero los versos, gonces
adquieren
más fuertes que los bronce.

Cincela, esculpe, lima;
que tu flotante ensueño
imprima
su poderoso empeño.

BALBINO DÁVALOS.

EXEMPLI GRATIA

O FABULA

DE LOS SIETE TROVADORES Y DE "LA REVISTA MODERNA."

L'Esperance, notre patronne
Nous a dit: «Chantez, pelerins
Partout ou ma gloire fleuronne....»
L'Esperance notre patronne
Nous a dit: «Semez vos refrains....»
VIEUX FABLIAU.

Este es un memorable episodio de una gaja comedia del tiempo antiguo que relata el Magistro Andrea en su "Liber de arte amandi" que confirma el lustre cronista de los trovadores, Juan de Nostradamus, y á que aluden en varias de sus obras: Uguenda de Jorculquier, dama de la Corte de Amor de Aviñón, y los romanceros mudéjares Abenduet y Abalazar.

Asimismo viejos artifices se han inspirado en esta leyenda. Juan Gobelino tejió un tapiz de alta lina en donde se distinguen las figuras de los siete trovadores helados; sus cuerpos están tramados con seda blanca, sobre un fondo de lana teñida en sangre. Y asimismo Esteban de Nemours esmaltó un plato en cuyo alba el coro de los siete troveros mártires sobre un fondo rojo obtenido por el cianuro de oro. Hay otras obras, de orfevres, miniaturistas, talladores, etc., etc., en que se presume algo del truculento, lírico y memorable episodio que vais á leer:

Iban los siete trovadores por el viejo camino de Turania, mojados por la lluvia, pero reconfortados por un sol de alegría; con los pies sobre el lodo, pero con la frente en el cielo. Los lobos aullaban muy lejos y las cigarras cantaban muy cerca. Gracias al trasto que los conducía por la mañana, al silfio que los guiaba en la tarde, y al fuego fatuo que los encaminaba por la noche, no habían hallado ni ahorcados en los árboles, ni tropeleros en las encrucijadas, ni trampas loberas en la sombra. Por el contrario, todo lo que era Naturaleza les era propicio; en las tórridas horas meridianas las nubes tendían sus húmedas muselinas entre ellos y el ardiente sol, y las frondas llenas de flores se agitaban á su paso como perfumados flabelos. Cuando el hambre los devoraba, nunca faltó una hamadriada que desde la espesura de los frutales les tendiera la poma de oro, ni un sonoro tropel de abejas que los llevara á la colmena que guardaba el panal. Y hasta sucedió que una vez en que los trovadores sintieron una hambre más mortificante que el hambre vulgar de los burgueses, vieron á una hermosísima pucela durmiente y echada á orillas del camino. Cantó el trovador primero, y la pucela, sonriendo, abrió los ojos. . . . Cantó el trovador segundo, y la pucela, cautivada, abrió los labios; cantó el trovador tercero, y la pucela, caída en pasmo, abrió los brazos. . . . En aquel cruento éxodo, sólo un grueso fraile limosnero mereció la maldición de los trovadores. . . . Ese malandrín, al mirar al lírico tropel, cerró en las alforjas las viandas, las libras tornesas en la escarcela, y taloneó al jumento que ignominiosamente lo cargaba. Pero algún trovador que no sólo se inclinaba sobre los senos de las pucelas sobrecogidas de pasmo, sino también sobre los grimorios y sobre los athanores mágicos le lanzó el maleficio y lo embovedó de odio. Desde entonces el infame lego roo con los dientes las vértebras de un cabrío, en lugar de desgranar con los dedos las "Aves" de su profanada camándula. . . .

* * *

Los trovadores llegaron al castillo. Frente al puente levadizo sacudieron el polvo de las dolorosas jornadas, alisaron las melenas que parecían jirones de noche y rayos de luna deshebrados, y acordaron el místico theorbe con la plañidera "viola de amor;" la gaita quejumbrosa con el sollozante tamboril, el laúd con el crótalo y la voz del tenor con el rabel. Y cantaron; y cuando el laúd sepultó en el sepulcro de sus alas lánguidas la última nota del tenor, las palomas se habían posado en las almenas, las rosas asomaban sobre el muro bajo, y el sol, con sus dedos de oro, había desgarrado las nubes para escuchar mejor. . . .

Cayó el puente levadizo y los trovadores entraron al castillo sombrío.

Atravesaron un oratorio donde las lágrimas de